

El Sonido de las Trompetas

En el Sermón del Monte, Jesús no establece algunas instituciones específicas sobre la adoración. Al tratar simplemente con principios, Él les ilustra con expresiones de piedad religiosa ya previamente familiarizadas con Su audiencia (observe Mat.5:23). Las limosnas, como la oración y el ayuno, no era algo nuevo para Sus oyentes. La ley de Moisés no dejaba dudas sobre la preocupación de Dios por el pobre. Provisiones especiales eran hechas para las necesidades de ellos (Ex.23:11; Lev.19:9-10). Una bendición era pronunciada sobre los que recordaban a los pobres (Sal.41:1) y una maldición sobre el que no lo hacía (Prov.21:13). Sin embargo, dar al pobre, tal como las otras expresiones de devoción a Dios podría volverse desagradable cuando era hecha con un perverso motivo. La ausencia de un corazón consagrado a Dios en lo que hacemos por otros contamina todo. Por supuesto, si el amor al dinero es el problema del hombre, dar todo lo que le pertenece al pobre podría bien ser la solución (Mat.19:21), pero dar caridades no necesariamente es una respuesta para el hombre orgulloso (1 Cor.13:3). Esto puede únicamente servir para inflar el ya presente enorme ego. Es a ese asunto que Jesús se dirige así mismo en la primera de Sus ilustraciones sobre la hipocresía religiosa (Mat.6:2-4).

“Cuando, pues, des limosnas, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas” (Mat.6:2). Dos poderosos medios de evitar a los hombres de la vanagloria son declarados aquí por el Salvador. El primero es, no soples en el cuerno (trompeta) cada vez que haces el bien. Es decir, no lo promociones ante los demás. Es poco probable que los hipócritas a los que Jesús se refiere, fueran tan ostensibles en ciertamente sonar una trompeta cada vez que entregaban una moneda al pobre. El Señor simplemente está usando una figura de lenguaje. Hay una más sutil y efectiva forma de lograr la publicidad para su generosidad sin parecer un necio.

Cuando Jesús habla de “las sinagogas” y “calles” como el sitio popular para la generosidad de los hipócritas, Él no está diciendo que esos lugares fueran inapropiados para mostrar compasión. Después de todo, era a menudo en semejantes lugares frecuentados que los mendigos buscaban ayuda (Jn.9:1, 8; Hech.3:2). Él está, más bien, dando un golpe a la disposición vanagloriosa de algunos para llevar a cabo estos actos exclusivamente en público.

Pero hay una más sutil y más peligrosa forma de esta enfermedad del ego –la disposición de dar caridades en las esquinas solitarias para más tarde anunciarlas es justamente una de esas formas. Resulta siempre muy fácil hablar “compasivamente” sobre las necesidades de los demás para señalar muy casualmente lo que hemos hecho por ellos. Jesús nos advierte en términos claros a mantener nuestras bocas cerradas sobre el asunto, satisfechos que nuestro Padre lo sabe.

Los ciudadanos del reino son personas en busca del carácter piadoso, no meramente la reputación por la piedad. Sin embargo, si la justicia del cielo está en el corazón, está no es monástica o solitaria. Existen obvias y abiertas manifestaciones de la verdadera religión y el discípulo del Señor no realiza ningún esfuerzo para esconder su vida de los demás, pero no lo hace para recibir honor de ellos. Su interés por el pobre y el desafortunado es simplemente una extensión de su amor compasivo de su Padre.

“Más tú cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha” (Mat.6:3). No anunciando nuestras buenas obras hacia los demás ataca el problema, pero no completamente. Como el escritor y predicador del siglo Cuarto, Crisóstomo lo observó: “Tú podrías realizar buenas obras ante los hombres, y todavía no buscar la alabanza humana; Tú podrías hacerlas en secreto, y todavía en tu corazón desear que tus obras se vuelvan conocidas para obtener esa alabanza” Es por esta razón que Jesús dio un segundo encargo –No lo anuncies *a ti mismo!* Esta es la idea central de la metáfora que el Señor tiene en manos. Nuestro dar debe ser totalmente inconsciente de uno mismo –sin algún pensamiento de algún crédito que se acumule a nuestra cuenta hacia los demás. No estamos para mantener las cuentas (cf. Mat.25:37). Dios realizará ese trabajo.

No hay nada más que envenene el flujo de la verdadera piedad por los demás que buscar nuestros propios propósitos en cada acto de bondad. Esto cuesta al practicante todo sentido de integridad, sanidad y paz mental, sin hablar de toda recompensa de Dios. Pero recuérdese, que semejante hipocresía es sutil, capaz de capturar nuestro corazón cuando menos lo planeemos o esperemos.

El más grande ejemplo de esta mentalidad inconsciente e incalculada es Jesús. Su pasión nunca estuvo concentrada en Sí mismo. Él vino a la historia completamente por causa de otros. Él encarnó no para cumplir con Su propia agenda, sino para realizar las obras de Su Padre (Jn.5:19), para hablar las palabras de su Padre (Jn.7:16-18; 12:49-50) y para hacer la voluntad de Su Padre (Jn.5:30; 6:38; 14:31). Es semejante espíritu vacío de sí mismo que cada discípulo del Señor debe añorar. Es, cuando es practicado, que ocurre la muerte absoluta de toda hipocresía y simulación. En el corazón donde Cristo y Su amor por el hombre se sientan entronados, ahí no hay lugar para el ego.

Piense. Cada vez que usted está actuando para ayudar en las necesidades de los necesitados y desafortunados y algún cierto sentido de auto satisfacción y suficiencia comienza a arrastrarse sobre usted, o un deseo por saber de los demás que tan noble es usted –escuche, y usted oirá el sonido de las trompetas resonar.